



LA BESTIA

Nació en lo más profundo de la noche, con los pies por delante. Martha, la comadrona, tuvo que agarrarla por los tobillos y tirar de ella para sacarla del útero. Salió sin problema, cayó en los brazos de Martha y se quedó inmóvil como una piedra.

La hija de la comadrona soltó un débil gemido desde lo más hondo del vientre. Se agarró los pliegues del camisón, que tenía el dobladillo empapado en sangre. Pero no trató en ningún momento de tomar en brazos a su hija. Lo que hizo fue volver el rostro, apoyar la mejilla sobre la mesa en la que estaba tendida y mirar al otro extremo de la cocina, a la ventana que se encontraba sobre el fregadero, y contemplar los bosques.

—Su nombre —solicitó, con los ojos llenos de luz de luna—. Dime su nombre.

La comadrona tomó a la niña, le cortó el cordón umbilical y la envolvió en un trozo de arpillera. Sentía contra el pecho el frío cuerpo de la pequeña, y la habría dado por muerta, de no haber sido por el nombre que se agitaba en el fondo de su garganta, que le sabía amargo como la bilis, pero dulce como el vino. El sabor del nombre que el Padre había elegido para la niña. Pero no quería decirlo... en voz alta, no.

Con sus últimas fuerzas, la joven se volvió para encararse con ella.

—El nombre. Quiero su nombre.

—Immanuelle. —Había terminado por escupirlo como una maldición—. Se llamará Immanuelle.

Al oírlo, la muchacha que estaba echada sobre la mesa sonrió. Sus labios azules se contrajeron. Entonces se rio con un sonido feo, como un gorgoteo, que resonó por la cocina y llegó a la sala, donde el resto de la familia esperaba y escuchaba.

—Una maldición —susurró, sonriendo todavía para sus adentros—. Una pequeña maldición, como ella dijo. Como ella me contó.

La comadrona estrujó a la niña contra su cuerpo y entrelazó sus dedos con los de ella para apaciguar su temblor. Bajó los ojos hacia su hija, echada sin fuerzas sobre la mesa, con un oscuro charco de sangre entre los muslos.

—¿Como te contó quién?

—La mujer del bosque —susurró la joven moribunda, casi sin aliento—. La bruja. La Bestia.

PARTE I



Sangre



CAPÍTULO PRIMERO

De la luz surgió el Padre. De la oscuridad, la Madre. Ese es el principio y el final.

Las Sagradas Escrituras

Immanuelle Moore se arrodilló al pie del altar, con las palmas unidas en oración y los labios abiertos. Frente a ella se erguía el Profeta en vestiduras de terciopelo negro, el cabello muy corto e hirsuto, las manos ensangrentadas y extendidas.

La muchacha lo observó, recorrió con la mirada la larga e irregular cicatriz que surcaba un lado de su cuello, de arriba abajo, y pensó en su madre.

El Profeta se apartó de ella con movimiento fluido —se oyó el roce de sus vestiduras— y se volvió de cara al altar, sobre el que yacía un cordero destripado. Puso la mano sobre la cabeza del animal y luego metió los dedos hasta lo más hondo de su herida. Cuando se volvió de nuevo hacia Immanuelle, la sangre le resbalaba por la muñeca y desaparecía bajo su manga, y unas pocas gotas cayeron a las manchadas tablas de madera que recubrían el suelo. Pintó a la muchacha con sangre, con dedos cálidos y firmes que descendieron por su barbilla desde el surco del labio superior. Se detuvo un instante, como para tomar aliento, y cuando habló, lo hizo con voz quebrada.

—La sangre del rebaño.

Immanuelle la lamió y sintió el sabor a sal y hierro, al tiempo que se ponía en pie.

—Por la gloria del Padre.

Volvió a su banco con cuidado de no mirar ni una sola vez al cordero. Era una ofrenda procedente del rebaño de su abuelo y lo había llevado a modo de tributo la noche anterior, cuando la catedral estaba vacía y oscura. No había visto cómo lo mataban. Se había excusado y salido afuera mucho antes de que los apóstoles levantaran los cuchillos. Pero sí lo había oído: las plegarias y los murmullos ahogados por los chillidos del cordero, como si hubieran sido los de un recién nacido.

Immanuelle miró mientras el resto de su familia avanzaba en hilera y cada uno de ellos recibía la sangre. La primera fue Glory, que se puso de rodillas y dio las gracias al Profeta con una sonrisa. Anna, la madre de Glory, la más joven de las dos esposas Moore, recibió apresuradamente la bendición e hizo pasar a su otra hija, Honor, que se lamió la sangre de los labios como si hubiera sido miel. Por último, Martha, la primera esposa y abuela de Immanuelle, recibió la bendición del Profeta con los brazos en alto, los dedos temblorosos, el cuerpo abrumado por el poder de la luz del Padre.

Immanuelle habría querido sentir lo que su abuela sentía, pero lo único que experimentaba, sentada en el banco, era la calidez de la sangre del cordero que aún persistía en sus labios y el incesante murmullo de los latidos de su corazón. Ningún ángel se posaba sobre sus hombros. Ningún espíritu ni ningún dios se agitaba en su interior.

En cuanto se hubo sentado el último miembro de la comunidad, el Profeta levantó los brazos en dirección al techo y empezó a orar.

—Padre, acudimos a Ti como siervos y seguidores, deseosos de llevar a cabo Tu obra.

Al instante, Immanuelle agachó la cabeza y cerró los párpados con fuerza.

—Puede que haya algunos entre nosotros alejados de la fe de nuestros antepasados, insensibles al toque del Padre y sordos a Su voz. Pido para ellos Tu misericordia. Pido que hallen solaz, no en las tinieblas de la Madre, sino en la luz del Padre.

Entonces Immanuelle abrió un ojo y, por un instante, habría jurado que el Profeta la miraba. El hombre se hallaba en el momento culminante de la plegaria y tenía los ojos muy abiertos, y observaba a la muchacha entre las cabezas gachas y las espaldas temblorosas. Los ojos de ambos se encontraron y el hombre apartó los suyos.

—Que se imponga el reino del Padre.

El rebaño del Profeta respondió al unísono:

—Ahora y por siempre.

Immanuelle estaba echada a orillas del río junto a su amiga Leah, hombro con hombro, ambas ebrias del calor del sol de mediodía. Unos pocos metros más allá, el resto de la comunidad se había reunido en espíritu de comunión. Para la mayoría de ellos, la sombra de la matanza del Sabbath ya no era más que un recuerdo lejano. La paz reinaba por doquier y la comunidad se daba por satisfecha con ello.

Leah, al lado de Immanuelle, se dio la vuelta para ponerse boca arriba y contempló las densas masas de nubes que flotaban en lo alto. La joven, ataviada con gasas de color azul celeste y las faldas ondeando suavemente al viento, era como una visión.

—Hoy es un buen día —dijo, y sonrió mientras el viento le revolvía los cabellos.

En las Escrituras y los relatos, en las vidrieras de la catedral y en las pinturas colgadas de sus pétreas paredes, los ángeles siempre se parecían a Leah: cabellos dorados y ojos azules, vestidos de fina seda y satén, mejillas carnosas y la piel tan pálida como las perlas del río.

En cambio, las muchachas como Immanuelle —las que provenían de las Afueras, las de piel oscura y rizos negros y pómulos angulosos como esculpidos en piedra—... en fin, no aparecían en las Escrituras. No existían estatuas ni pinturas semejantes a ellas, ni se escribían poemas ni historias en su honor. Nadie hablaba de ellas, nadie las veía.

Immanuelle trató de quitarse de la cabeza tales pensamientos. No quería sentir celos de su amiga. Si había alguien en el

mundo que mereciese amor y admiración, era Leah. Leah, con toda su paciencia y su virtud. Leah, que cuando todos los otros niños de la escuela habían despreciado a Immanuelle como hija del pecado, atravesó con resolución el patio, le tomó la mano con firmeza y le enjugó las lágrimas con la manga.

Leah, su amiga. La única que tenía.

Y Leah estaba en lo cierto: era un buen día. Habría sido un día casi perfecto, salvo en que era uno de los últimos de su especie, uno de los últimos Sabbaths que pasarían juntas.

Durante años, se habían encontrado todos los Sabbaths después de que terminara el servicio. En los meses de invierno se acurrucaban juntas en un banco vacío al fondo de la catedral y cotilleaban para pasar el rato. Pero en las estaciones cálidas Leah traía una canasta grande repleta de dulces de la panadería que su familia tenía en el pueblo. En los días buenos venía con un surtido de magdalenas y panes dulces, bollos y galletas, y en los días aún mejores, con un panal de miel o mermelada para acompañarlos. Se marchaban juntas a algún lugar cerca del río, y comían, chismorreaban y se reían hasta que sus familias las llamaban para volver a casa. Esa había sido la costumbre, como si en aquellas largas tardes en el prado el mundo entero hubiera empezado y terminado a orillas del río. Pero, como casi todas las cosas buenas que Immanuelle había conocido, no podía durar. Faltaban dos semanas para que Leah se casara con el Profeta. Ese día, en cuanto le hicieran la incisión, ya no sería compañera de Immanuelle, sino de aquel hombre.

—Voy a echar de menos los días como este —dijo Leah, interrumpiendo el silencio—. Echaré de menos los dulces, y el Sabbath, y estar aquí contigo.

Immanuelle se encogió de hombros. Iba arrancando hojas de hierba. Su mirada siguió el recorrido del río que bajaba por las planicies y entre los juncos hasta adentrarse en el bosque lejano y desaparecer engullido por las sombras. Había algo en la manera como el agua se escurría entre los árboles que le inspiraba el deseo de ponerse en pie y seguirla.

—Todo lo bueno termina.

—Aquí no termina nada —la corrigió Leah—. Ahora empieza todo. Nos hacemos mayores.

—¿Mayores? —respondió Immanuelle con sorna—. A mí aún no me ha venido la sangre.

Era verdad. Le faltaba poco para los diecisiete años y no le había venido el flujo ni una sola vez. Las demás muchachas de su edad habían empezado a sangrar años antes, pero Immanuelle no. Immanuelle no había sangrado nunca. Meses antes, Martha había dado prácticamente por seguro que era estéril. No iba a sangrar, ni se casaría, ni tendría hijos. Se quedaría como era, y todas las demás irían creciendo y la dejarían atrás, igual que Leah iba a hacerlo en unas breves semanas. Solo era cuestión de tiempo.

—Algún día sangrarás —respondió Leah con firmeza, como si tan solo con afirmarlo pudiera hacerlo realidad—. Tienes que esperar un tiempo. La enfermedad pasará.

—No es una enfermedad —dijo Immanuelle, que aún sentía el sabor fuerte y punzante de la sangre de cordero en los labios—. Es el pecado.

Immanuelle no podía saber de qué pecado en concreto se trataba. Se había extraviado en demasiadas ocasiones. Había leído en secreto, en contravención del Sagrado Protocolo, y se había olvidado de las plegarias del anochecer, y se había quedado dormida sin recibir la bendición. Tal vez hubiera pasado demasiadas mañanas soñando despierta en los pastos en vez de cuidar del rebaño. O quizá no hubiera demostrado espíritu de gratitud cuando le servían un cuenco de gachas frías como cena. Pero había algo que Immanuelle sí sabía: que sus pecados eran incontables. No era de extrañar que el Padre no le hubiera concedido la bendición de la sangre.

Tal vez Leah estuviera al corriente de las muchas transgresiones de Immanuelle, pero no las mencionó. En cambio, le hizo un gesto como para decirle que aquello no era verdad.

—Los pecados hallan perdón. Cuando el Padre Bueno lo considere oportuno, sangrarás. Y en cuanto hayas sangrado, un

hombre te acogerá, y serás suya, y él será tuyo, y todo será como tiene que ser.

Immanuelle no le respondió. Entrecerró los ojos para protegerlos del sol y miró hacia el campo donde el Profeta se hallaba entre sus mujeres, y ofrecía sus bendiciones y consejos a los fieles que se habían congregado allí. Todas sus esposas vestían los mismos atuendos de apagado color amarillo, el color de los pétalos de narciso, y todas ellas llevaban el sello sagrado, una estrella de ocho puntas trazada entre las cejas con una incisión que se hacía a todas las mujeres de Bethel en el día de su boda.

—Será mejor que me dedique a cuidar de mis ovejas —dijo Immanuelle.

—¿Y qué harás cuando estés vieja? —le preguntó Leah—. ¿Qué pasará entonces?

—Que seré una pastora vieja —respondió Immanuelle—. Una vejestoria que seguirá con sus ovejas.

Leah se rio, con una risa fuerte y bella que atrajo miradas. Sabía reírse así.

—¿Y si un hombre te ofrece su mano?

Immanuelle sonrió.

—Ningún hombre que merezca la pena y tenga buen juicio querrá saber nada de mí.

—Eso son idioteces.

La mirada de Immanuelle se volvió hacia un grupo de chicos y chicas que debían de tener su edad, tal vez un poco más. Miró como se reían y flirteaban, y cada uno de ellos hacía de sí mismo un espectáculo. Los jóvenes hinchaban el pecho, mientras que las muchachas jugaban en las aguas bajas del arroyo y se levantaban las faldas hasta encima de la rodilla para que no se mojaran, con cuidado de no adentrarse demasiado en la corriente por miedo de los diablos que acechaban en las aguas profundas.

—Sabes que seguiré viniendo a visitarte —dijo Leah, como si advirtiera los temores de Immanuelle—. Me verás en Sabbath, y cuando termine el confinamiento iré a buscarte a los pastos. Todas las semanas, si puedo.

Immanuelle volvió su atención a la comida que tenían delante. Sacó una hogaza de pan de la canasta y la untó con mantequilla recién hecha y con un manchón color sangre de mermelada de frambuesa. Tomó un buen mordisco y siguió hablando con la boca llena.

—Las Tierras Santas están muy lejos de los Calveros.

—Encontraré la manera de venir.

—No será lo mismo —respondió Immanuelle, con un punto de petulancia en la voz que la hizo detestarse a sí misma.

Leah agachó la cabeza. Parecía herida. Hizo girar con el pulgar el anillo que llevaba en la mano derecha, un tic nervioso que le había empezado después de comprometerse al matrimonio. Era bonito: un anillo de oro adornado con una perla pequeña del río, probablemente una reliquia familiar que había ido pasando por muchas generaciones de esposas de profetas.

—Con eso bastará —respondió Leah con una voz que sonaba hueca. Luego añadió con mayor firmeza, como si tratara de convencerse a sí misma—: Tendrá que bastar. Aunque me vea obligada a salir al camino con el caballo del propio Profeta, encontraré una manera de verte. No permitiré que las cosas cambien. Te lo juro.

Immanuelle habría querido creerla, pero era demasiado hábil en descubrir mentiras y reconocía la falsedad en su voz. Sin embargo, no respondió. De todos modos, no habría servido de nada: Leah estaba comprometida con el Profeta, y lo había estado desde el mismo día en que este le había puesto el ojo encima por primera vez, hacía dos veranos. El anillo de Leah no era más que una prenda, una promesa labrada en oro. Cuando llegara el momento, la promesa cobraría la forma de la semilla que el hombre plantaría en ella. Leah alumbraría un niño y el Profeta plantaría su semilla una vez más, y otra, como hacía con todas sus esposas mientras fueran lo bastante jóvenes como para darle su fruto.

—¡Leah!

Immanuelle levantó los ojos y vio que el grupo que había estado jugando en las aguas bajas del río se acercaba y saludaba